

AUTOESTIMA

Donde habite el rito de la sumisión
emergerán paisajes planos, huérfanos de luz,
y a tu debilidad, arrogantes, exigirán
pleno reconocimiento y pleitesía sin fin.

De sol a sol había que navegar en las procelosas aguas de la ansiedad,
en búsqueda continua de la perfección.
Su verdad única trascendía al bien y al mal.
Lo demás no importaba, estaba fuera de lugar.

Nunca fui el más fuerte.
Las lágrimas que brotaron en las largas noches de impotencia
fueron sepultadas bajo el manto cómplice de la oscuridad.
Silencio. Estaba advertido. Ese era el pacto sombrío.
Mi triste peaje. Mi callado arancel.

Ojerosa, la mirada en el espejo comprendió
que era urgente abandonar el bosque
y correr hacia la mar.

Los dioses, desde su atalaya, reclaman humana devoción
pero, cuando están confusos, lloran por los caminos,
esparciendo su pena universal.

No compro parcelas en el cielo,
simplemente deseo sentir el frescor de la brisa en mi piel
y aspirar hondo, muy hondo, el olor a sal.

“A la deriva, días de invierno” (2005 -2014)